

# *Entre Roma y Jerusalén*

**JULIÁN MARÍAS**

**S**e informa tanto de cosas que tienen muy poca importancia, de las lejanas rara vez, a no ser cuando son catastróficas, que se produce una deformación de las perspectivas, una visión distorsionada de la realidad.

Pienso que puede valer la pena dar breve noticia de un acontecimiento minúsculo en volumen, nada espectacular, ajeno a las cuestiones “palpitantes”, pero que encierra cierta novedad y un carácter positivo, infrecuente. Ha sucedido en tierra de Israel, en la ciudad de Jerusalén, y no ha tenido relación ninguna con la política, menos aún con los conflictos o la violencia. Ha sido algo muy distinto de esos congresos que se multiplican en todo el mundo, con centenares de participantes, que por lo visto son “expertos” en todo lo imaginable: una reunión apacible de una veintena de personas.

La iniciativa ha sido romana: la Pontificia Universidad Lateranense de Roma ha convocado a reunirse tres días en Jerusalén a varias personas interesadas en plantearse intelectualmente algunas cuestiones religiosas. Con el título “Teísmo: historia y teorías”, cristianos, con participación judía e islámica, han

dado algunas conferencias, seguidas de comentarios, preguntas, discusiones, sobre la manera de entender la Divinidad y las posibles relaciones del hombre con ella.

La participación de la Universidad Lateranense ha sido, como era previsible y justo, la más numerosa; su Rector, Angelo Scola, la Decana de Filosofía, Angela Ales Bello, el anterior Decano, Marcelo Sánchez-Sorondo, alma de la empresa, y algunos más. Otros profesores de Universidades italianas: Pietro Prini, de Roma; Enrico Berti, de Padua, y varios más. Un suizo, el P. Georges Cottier, teólogo de la Casa Pontificia; alemanes, entre ellos Nikolaus Lobkowitz, de la Universidad de Eichstätt; un polaco, Ireneusz Switala, de la Universidad de Czestochowa; Alon Goshen Gottstein, de Jerusalén, como Mustafa Abu Sway...

Días de activa convivencia, con diferencias pero sin polémicas ni hostilidades, con serenidad y reflexión. Un esfuerzo común por ejecutar esa operación tan abandonada en nuestro tiempo: *pensar*. Cuando se trata de Dios, no caben experimentos ni estadísticas; hay que atenerse a las fuentes, a los escritos que se consideran depósito de la Revelación, a lo que a lo largo de los siglos se ha pensado; y con eso, seguir pensando, poner en juego la razón, uno de cuyos ingredientes esenciales es la imaginación.

Se ha visto cómo la noción del Dios único, del monoteísmo, se ha ido gestando a lo largo de los siglos con muy diversos orígenes: la filosofía griega, desde los presocráticos hasta Platón, Aristóteles, Plotino; el pensamiento griego del gran judío Filón; por otra parte, la tradición judaica, expresada en el Antiguo Testamento; la radical innovación cristiana, contenida inicialmente en los escritos del Nuevo Testamento, Evangelios, Hechos de los Apóstoles, Epístolas, en lengua griega y con la presencia decisiva de la filosofía helénica. Finalmente, las elaboraciones posteriores, decisivamente influidas por judíos como Maimónides, musulmanes como Averroea —ambos cordobeses—, Avicena y tantos otros, presentes en todas las Escolásticas, también la cristiana, con un precioso e inquietante peso del gran filósofo, maravilloso pero no cristiano, Aristóteles.

Se ha reunido en Jerusalén un saber poco común. Admirable conocimiento de textos, doctrinas, discrepancias, convergencias. En ocasiones ha predominado la acumulación de conocimiento, la minuciosa erudición, el escrupuloso análisis de textos problemáticos. Pero también se ha visto y oído el resultado de la reflexión inmediata, personal, sobre las cuestiones. En mi opinión, lo más valioso y apasionante.

Personalmente traté de “El monoteísmo cristiano”. Fue el único que introdujo expresamente la reflexión sobre la Trinidad y el sentido que puede tener para el hombre; y precisamente como culminación y plenitud del monoteísmo. Recordé que la más profunda visión cristiana de Dios es la que ve su consistencia en el amor; y si el hombre ha sido creado “a imagen de Dios”, y por tanto hay que partir primariamente de él, y no de cosas, para imaginarlo, antes que inteligente o racional aparece como *criatura amorosa*. Para mí no ofrece duda que el método adecuado para pensar la realidad divina es a partir de la *vida humana*, de la realidad única, radicalmente diferente de todas las demás, que es la *persona*. Justamente lo que ha empezado a comprender la filosofía de nuestro tiempo, la que ahora mismo se está haciendo.

Por eso pude aventurar que lo que podría llamarse “filosofía cristiana” no pertenece al pasado, sino más bien al futuro; no al siglo XIII, sino acaso al XXI. Y no creo que se pueda renunciar a las extraordinarias posibilidades que se están manifestando ante nuestros ojos.